

EL TEMPE ARGENTINO

Horacio González

Universidad Nacional de Buenos Aires

E*l recomienzo de la política.* La situación argentina nos abre la compuerta de un trascendente pero a la vez redundante problema de la vida política: el pasaje de un tiempo a otro, el modo en que una atmósfera en que predominan ciertos tonos y caracteres se transforma (quizás imperceptiblemente) en otra atmósfera radicalmente diferente. ¿Es que la política -lo que llamamos política, que a veces puede llamarse historia- obedece a una lógica basculante que ofrece en cierto momento su rostro excitado y en otro momento complementario su rostro recompuesto? La pregunta recorre los manuales, sentencias y apóstrofes de las ciencias políticas. Pero en lo que nos interesa, más que revisar las páginas célebres o ignotas en dónde se registra el asombro de los hombres por los bruscos cambios de ambiente que se producen en una historia -como si se pasara bruscamente de un aposento a otro- es percibir de qué modo este desplazamiento se ha dado en la Argentina que va de diciembre de 2001 a junio de 2003, momento en que escribimos estas líneas.

En diciembre de 2001 (nuestro primer mojón, como si la historia pudiese ser encerrada en estas lápidas de mármol, pero al cabo ilusorias) se presentaba una reflexión en torno a lo que muchos llamaron una “situación prerevolucionaria”, un momento de “insurgencia excepcional”, finalmente un “corte en los tiempos”. Menos de un año y medio después comienza un nuevo gobierno civil, emanado de un acontecimiento electoral que tuvo un problemático trámite político pero que contó con un inusual fervor cívico. De hecho, una gran corriente “concurrencista” de ciudadanos que optaron por ir a votar, dejó flotando en la incertidumbre el capítulo inmediato

anterior en el cual el grito de “que se vayan todos” cargaba una fuerte utopía de restitución de la vida social al margen de las corroídas gestas electorales.

La sentencia *que se vayan todos* se convirtió en un arcano que presidió buena parte de la reflexión política en un país naturalmente dado a ello -es cierto: como todos. Pero en este caso, se trataba de descifrar un horizonte verbal que ponía una exigencia suprema a todo un conjunto social. “Que se vayan todos” podía significar tanto un acto de disconformidad contundente que invitaba a pensar el recomienzo de la política bajo otras formas representativas (o incluso retirando el andamaje representativo tradicional, declarado portador de toda la materia corroída que había habitado en el ciclo histórico anterior), o una sutil metáfora a ser recolocada en un orden más aceptable de interpretaciones como un llamado a renovar los cuadros dirigentes sin exuberancias ni absolutismos. Esto último es en definitiva lo que ocurrió, pero no se puede negar que la cuerda tensa que -como flechazo inopinado- trazó aquella voz colectiva, sigue hormigueando en la memoria social argentina. Cómo y de qué manera se aloja ahora este “que se vayan todos” en este presente incierto (y todos los presentes lo son: escribimos hoy con el temor de que el ser impalpable de la realidad se torne “pasado” ahora mismo) es finalmente la materia severa de la reflexión política en la Argentina contemporánea.

Rodeado de tímidas pero no desdeñables expectativas colectivas, el gobierno que asumió procede de una clase política cuestionada. Pero ha escuchado los ecos de ese rechazo que ahora languidece, lo que hace necesario retomar el debate general sobre ciertos períodos de la vida histórica donde un tema dominante (la renovación súbita de las instancias de gobierno social) que dejan de producir efectos y se refugian una inquisición asombrada: ¿porqué los estrépitos de ayer han dejado paso a la juiciosa expectativa de hoy? ¿Cómo es que las vastas movilizaciones urbanas del año 2002, que proclamaron con banderas distendidas las nuevas formas organizativas, la agitación cultural en torno de las incesantes ocupaciones de la ciudad por parte de los nucleamientos “piqueteros”, parecieran desvanecerse ante la presentación de una nueva escena política -un gobierno nacional constitucionalmente elegido- que no deja de encarar enérgicamente los problemas por todos conocidos pero lo hace en los términos de la política “representativa tradicional”?

El pasaje de un recinto a otro. Viejo tema del conocimiento político, el pasaje de un recinto a otro en las atmósferas colectivas, se puede comentar desde el ángulo de lo que la política ve como la desesperación de no poderse fijar ningún significado permanente. Durante todo el 2002 se habían escuchado las efusiones amplias y generosas que establecían las coordenadas de un nuevo pensamiento político alrededor del “fin de la representación clásica”, con lo cual se vivía la lozanía de las hipótesis que conferían una autodeterminación completa a cada acto reivindicativo. Destinado cada uno

de ellos a crear una potencialidad única y una soberanía puntual -según las tesis que estamos evocando, que podrían denominarse situacionistas, comunitaristas revolucionarias o "acontecimentistas"- aparecían entonces como relevo completo de las visiones totalistas de la sociedad en las que el movimiento social se sitúa como un solo cuerpo en la confrontación con el Estado concebido también como un cuerpo-uno.

Por otro lado, un pensamiento ligado a las viejas tesis del "poder constituyente" pero rejuvenecido ahora por el nuevo rostro que adquiere ese concepto en la bibliografía teórica contemporánea, había tenido apreciable difusión en los tiempos previos al estallido de diciembre de 2001. El énfasis que los agrupamientos de izquierda ponían en la idea constituyente también aludía a una hipótesis general de relevo de una época por otra, de un clima por otro, de unas instituciones por otras. Se trataba ahora de imaginar que las asambleas barriales eran el ámbito crucial, microcelular y originario, a partir del cual surgía un nuevo poder reticular que complementado con el de las fábricas recuperadas (relevante proceso de puesta en marcha de procesos productivos locales en fábricas que dejaron de producir en la crisis de la convertibilidad y en la posterior devaluación), podría ofrecerse como recambio general de las desvencijadas arquitecturas partidarias y quizás estatales. Las fábricas recuperadas, que representaban una nueva alianza entre sectores laborales despojados de sus condiciones de trabajo y el utopismo político de las militancias de las camadas intermedias de la sociedad, sugerían - y siguen sugiriendo- una hipótesis de puesta en marcha de fábricas a través de proyectos de autoproducción y autogestión colectiva.

Pero tampoco faltó el concepto de "multitudes", portador indirecto de una activa rediscusión en contra de los conceptos centralizadores de poder estatal, lo que daba como resultado una fuerte corriente de simpatía en torno de las comunidades autosustentadas que sostenían los grupos piqueteros, por más que ese concepto provenía de una reciente discusión en el campo de las ciencias sociales y no contaba a priori con la simpatía plena de los dirigentes de ese vital sector reivindicativo. De todas maneras, gérmenes de cooperativismo renovado aparecían en torno de la actividad social y política de los sectores anteriormente pertenecientes a los sectores laborales ocupados y que ahora eran el "nuevo sujeto social" portadores de los nuevos nombres de conciencia crítica y civil, situada en el preciso lugar donde la desocupación severa y generalizada en las periferias de las grandes ciudades, generaban nuevos estilos de lucha y de identidad laboral. Como era el caso notorio de los "cartoneros" -personajes del reciclamiento de desechos que como los piqueteros dan un rostro dramático al cierre del ciclo industrial de la Argentina- que ofrecían por un lado la idea de que era posible reagrupar con sentido las fuerzas laborales desempleadas y por otro lado, la idea de que esos trabajos señalaban por sí mismo el ámbito de un golpe moral en el pensamiento colectivo.

¿Qué podía pensarse entonces si en medio de estas transformaciones, en las calles de las principales ciudades del país, miles y miles de personas voceaban consignas como “que se vayan todos”? ¿Cuál sería la percepción más apropiada para juzgar esa intensa actividad asamblearia, de reclamo de derechos de todo tipo -ahorros confiscados, planes de auxilio económico a los desocupados, reconstrucción del mundo laboral-, que se sucedía luego de la estruendosa caída del gobierno de De la Rúa? En un sentido general, las discusiones luego de los combates callejeros de fines del 2001, retomaron la confrontación entre espontaneísmo popular (con derivación en cierto “insurreccionalismo juvenil urbano”) y los tradicionales partidos de izquierda siempre sospechados de realizar solo conjeturas parlamentaristas.

Imaginación libertaria. El deseo de espontaneidad genuina (del que quizás pueda afirmarse que alimenta con su cuota de politicismo fáctico y directo el alma secreta de la política) y la política misma con sus enigmáticos focos de poder nunca enteramente explicables, siquiera cuando se dan a sí mismo nombres explícitos sacados de la galería universal del progresismo y de la imaginación libertaria, están siempre en contradicción viva. La política es en el fondo esa contradicción viva. Y las asambleas populares en los barrios de las principales ciudades argentinas durante todo el año 2002 dramatizaban esa contradicción. Dan el sentido constituyente que nunca debe abandonar a la política. Y aunque solo sea por eso, su relativa dilución actual no debe conducir a suponer que su magnífico ejemplo no actúe en la memoria social argentina como fuente de ejemplos y enseñanzas.

Se justificaba plenamente, entonces, una convulsión tan gigantesca en materia de pensamiento social y teoría política. Bastaba ver el modo en que las grandes ciudades argentinas hacía visible un nuevo tipo de protesta social, que partía del principio de autoorganización de las víctimas de la quiebra del empleo y el trabajo nacional. De tal modo, no aparecían ya como víctimas sino como un proyecto de existencias autogobernadas. Pero, como dijimos, estas primicias se mostraban en convivencia con los estilos más previsibles de las izquierdas partidarias, que aplicaron conceptos de aglutinamiento centralizador en los medios reivindicativos que surgían con signos inéditos.

A despecho de estos utopismos tan relevantes (y nunca la Argentina vivió un sino tan delicada y dramáticamente utopista, en el sentido de una hiperbólica manifestación de la imaginación política y de la praxis colectiva) no se había desplomado el aparato estatal ni sus fuerzas institucionales y represivas. Lo que había ocurrido, entretanto, no era poco. Se trataba de una ruptura de gran envergadura, que más que introducir una temporalidad política capaz de sustituir el lenguaje del espacio anterior, ponía repentinamente todos los planos de la vida social en suspenso, sin que nada de lo anterior acabase pero con nada de lo anterior permaneciendo en su mismo lugar. Por eso, ante tal dislocamiento, luego de las jornadas del 19 y

20 de diciembre de 2001 (donde temblaron las principales ciudades del país, sedes teatrales y sangrientas de demorados combates callejeros) se presentaría la clásica urgencia del periodizador, deseoso de ver cortes nuevos en un recorrido histórico.

Y lo que primero podríamos apreciar es la relevancia que rodeó el arco experiencial que se fue dando cita en las Asambleas populares, que a pesar de que se han debilitado enormemente, no tienen sus promesas canceladas, pues encarnaron el principio de reunión común sobre problemas compartidos y abrieron un curso esencial a la pregunta por el origen de lo social. Quizás pueda recordarse una venerable imagen de la “república del silencio” que mencionaba Sartre en sus escritos: muchos hombres y mujeres pudieron no interesarse o no participar en la asamblea, pero saber que ella existía los hacía un poco más libres. Quizás pueda afirmarse que las asambleas fueron y son las que aún permanecen el eminente cobertizo de una enorme “investigación” sobre la ciudad, sus rincones improductivos, sus edificios abandonados, sus fábricas desmanteladas por una gestión que la economía de dominio hizo inviable.

El destino de las Asambleas populares. Cuando muchas asambleas pasaron de las plazas públicas a buscar su espacialidad dentro de casas y habitáculos -edificios abandonados cuya historia se hunde en los la “larga duración” de los ciclos económicos y vitales de la ciudad- reiniciaron la política con un movimiento que de cierta manera implicaba en el encuentro con anteriores movimientos sociales en los barrios argentinos, siempre muy impregnados de tradiciones políticas populares, como lo fue el socialismo al principio del siglo XX, el yrigoyenismo en las primeras décadas de ese siglo, y el peronismo hasta hoy. Puede decirse quizás que muchas de ellas sobredimensionaron sus fuerzas o descansaron muy fácilmente en una voluntad revolucionaria que las llevó a menospreciar que las articulaciones estatales que seguían en pie -por lo que muchas tomas de edificios “abandonados”, entre ellas de sedes bancarias desactivadas, fueron al cabo de cierto tiempo recobradas en módicos operativos policiales- pero no cabe duda de que en la memoria subcutánea de la *Polis* subyace ahora esa importante experiencia como modelo sensible de revisión de las fuerzas creadoras de una ciudad.

En este breve y nada sistemático balance de las estructuras expresivas de una época, es necesario recordar la actividad de los pequeños ahorristas -esos personajes esenciales que sostienen la lógica de la propiedad y a su vez la novela sentimental del siglo XIX- cruzó las ciudades argentinas con sus sagitario de agitación y denuesto. Filas carnavalescas matutinas golpeando martillos contra las puertas de los bancos (tachonadas de miles y miles de golpes que simbolizaban el honor herido de las menudas cuentas bancarias) le dieron un rostro crispado a la política nacional. ¿Quines eran esos ahorristas, utópicos aliados de los piqueteros despojados de todo sustento,

o reivindicadores de una ideal de propiedad incompatible con la saga de lucha que anidaba en los suburbios calientes de las metrópolis argentinas? Los ahorristas iban desde una expansión del odio colectivo hacia el poder financiero y el deseo de reinstaurarlo en sus formas más solemnes y secretas.

Todo ello revelaba una vez más la compleja condición simbólica del dinero y el modo en que en su entorno se eslabonan las modalidades de protesta urbana: ese enfado de las pequeñas gentes inauguraba una nueva forma de militancia que provenía de un sector inusual que se agrupaba en las calles céntricas martillo en mano, representando en un momento la arcaica fusión entre justicia y violencia y en un momento posterior la resolución de esa hondonada de expropiación dineraria en la verdad final que asume el líder de los ahorristas -un conocido actor cómico- en defensa de la Corte Suprema de Justicia. Ésta, caverna inescrutable y tortuosa de donde provenían maniobras de alto nivel contra los intereses populares, usa su potestad de interferir en la vida política a través de un acuerdo en términos del cumplimiento parcial de un reclamo justo (la devolución de los depósitos en su moneda de origen), aunque lo hace para desbaratar una noción general de justicia que atienda los intereses generales de la población. En el goce oscuro de este equívoco, los pequeños ahorristas sitúan su ambigua misión de encarnar un sentimiento de despojo que es justo reparara pero sosteniendo en nombre de ellos andamiajes enclavados en profundas napas de corrupción institucional.

Las simbolizaciones. En suma, el espíritu de las asambleas sobrevolaba todas estas experiencias, que de hecho era un *tripalium*: ahorristas simbolizando la expropiación a que los sometía el mundo financiero, asambleístas simbolizando una poder autoconvocado y las fábricas “recobradas” -como Brukman, Zanon y Grissinopoli, las más conocidas- simbolizando una expropiación social de lo que los poderes económicos empíricos no estaban en condición -a su vez- de devolver a la vida productiva. Este círculo parecía la emanación virtuosa que escribía la gran leyenda de la expropiación a los expropiadores y fundaba no pocos razonamientos de las izquierdas. Sin embargo, poco a poco vieron diluirse en lazo de acero que parecía unir todos esos momentos reivindicativos, surgidos del desmantelamiento del vínculo previsible entre el Estado, la sociedad y la vida colectiva. Pero esa “previsibilidad” nunca es fácil desmontar, pues si por momentos se hace frágil o sale de escena, no por eso deja de actuar en las más diversas formas de la memoria social colectiva, siempre disponibles para retomar su papel ordenador y clasificador de la vida compleja de las sociedades.

Nada puede impedir, en tanto, que se las vea como un llamado a refundar la forma misma de la política. Por su carga utopista significaban el “recomienzo de lo social” y se disponían como gran metáfora de un cambio ensoñado. Lo que recordaba una vez más que una asamblea popular o barrial

es un acto de conocimiento que expresa un tránsito entre lo que ya sabe y lo que aún no sabe una voluntad social. Es una construcción delicadísima que muere si se torna permanente tanto como si a cada nuevo horizonte temporal nuevo debiera desencadenar sus artilugios para reiniciarlo todo otra vez. Es que las asambleas presuponen la fuerte teatralidad de un recomienzo de lo político, de una refundación del vivir colectivo. En ese sentido, encarnan una vasta democratización del horizonte de la vida cotidiana, de los más importantes a los que ha asistido la historia contemporánea argentina. Son el eco de la clásica forma del “consejo”, evocativa de la más profunda reunión del sentido de la democracia, las nociones sociales de justicia y de autocreación política. Su debilitamiento notorio no significa necesariamente el debilitamiento de sus relevantes textos promisorios, plano profundo del pensamiento colectivo libertario.

Establecido ahora el nuevo gobierno del presidente Kirchner, que obedece a un delicadísimo equilibrio de fuerzas (sobre todo de las que emanan del interior más espeso del peronismo clásico), se restituye la política realizada a través de órganos de centralización social. Habían sido puestos en jaque en el inmediato período anterior pero parecen ahora haber renovado su contrato de confianza con la población. Para muchos, esto ilumina el lúgubre problema de una movilización fervorosa que pierde su rumbo y entrega sus banderas deshilachadas en mil combates. Pero bien vistas las cosas, estamos frente al sugestivo problema de la coincidencia de muchos ríos subterráneos en un único punto de una historia. Porque toda época termina o quiere terminar, mucho antes de que realmente lo consiga, en la vociferación rítmica que prefiguran sus multitudes esperanzadas. En este caso, apareció un gobierno formal pero no carente de imaginación política, avalado -al día de hoy, en que estas líneas se escriben- por una población que ha cesado de su estado de asamblea, pero que la guarda en la memoria. Las asambleas son un estado, ahora, de la memoria colectiva. No duermen. Se alimentan vivamente de su propio sueño.

Podría decirse que las asambleas y su emblemas, que se desplegaban ante vientos que parecían impetuosos -ese bramido que decía “que se vayan todos”- venían para reproducir el ciclo de éxtasis y reflujo que suelen cobijar las crónicas mundiales de las izquierdas del mundo moderno. Había antecedentes: la voz colectiva argentina que se había levantado en 1973 con similar enunciado -“se van y nunca volverán”, referida a los militares- y que comprobaría no solo cómo su aspiración máxima no podía cumplirse, sino de qué modo la vuelta del Ejército al control de las redes de gobierno traía el propósito de cobrar aquella momentánea humillación de su retirada en libras de carne, calculada por ellos en copiosas e infaustas cuotas. Las palabras de vindicta, con su enhiesta carga profética, no deben ser omitidas de la plaza pública. “Se van y nunca volverán”. Si los poderes indeseados vuelven, ese no es argumento para no proferir esas grandes frases sino

apenas para no hacerlas cuerdas de cristal a la que toda experiencia debe atarse.

Formas de la memoria. Por eso, aunque no vivimos ahora en el corazón de un impetuoso asambleísmo, en todo momento es preciso pensar en los ciclos de una historia: ellos pueden ir de la asamblea a la memoria de la asamblea. Y como memoria, perdurar su actividad bajo la forma de un recuerdo disperso en el paisaje de la vida política en común. ¿Qué puede decirse ahora a los que miran con asombro, como Filoctetes sin su arco, sus manos vacías de energía social luego de haber tocado el cielo con las manos? Que todo clamor espontáneo que sale del bastidor más denso y velado de la sociedad, traza rumbos imaginarios y propone temas esenciales de cambio humano y social.

Nunca deja de haber ese sentimiento en las entrañas del colectivo social, más allá que se expresen o no a través de cánticos de plaza pública y explícitos horizontes verbales que ponen su sello desafiante en el conjunto de los programas y nombres que fueron tejiendo el mapa de la reivindicación social. Pero cuando se expresan, todas las cuerdas del existir cotidiano se colocan en tensión. Nada podrá después ser igual. Para nadie: para todos los campos esenciales en que se bifurca la interpretación de este clamor mítico de la argentina. No podrá ser igual para los que suponen que ese reclamo agónico es tan solo una metáfora pasajera. Podría, según esto, decirse que traduciría un descontento enorme pero fugaz, puesto que ninguna sociedad organizada podría basarse en un sentimiento de carácter indiscriminado y ciego; por lo tanto no podría sostener hasta las últimas consecuencias el retiro instantáneo -y sin duda de proporciones apocalípticas -de todo el andamiaje de la representación política, por más viciado que se lo considere.

De ahí, que muchos sectores y muchas personas, no necesariamente ligadas a gracias estatales o irritantes prebendas, presentaron una visión *realista* del "que se vayan todos", indicando en primer lugar los peligrosos vacíos insalvables que se presentarían en la representación política, la imposibilidad de completarlos como no sea mesiánicamente y el riesgo que "un nuevo déspota" ocupara los huecos creados. ¿Era mejor un estado de agitación permanente en nombre de la nueva democracia insinuada o la calma sensata en el refugio confiante en las instituciones? Recomendaban este segundo campo de posibilidades quienes auguraban que el que se vayan todos no solo dejaba claro quién iba a administrarlo (esto es, quien no se iría para que los demás se vayan) sino que el vacío podía juzgarse de índole carismático, propicio entonces para un jefe afortunado que sacara de circulación los rostros conocidos a un alucinado costo de despotismo y posterior represión.

Bajo el molde de las expectativas públicas. No es lo que ocurrió y una nueva época política se abre ahora con expectativas -dijimos- cautelosas pero no injustificadas, si se tienen en cuenta las primeras medidas del nuevo

gobierno de Kirchner, que ha desafiado a las instituciones clásicas del Estado: la corte, el ejército, la policía. Ha demostrado que tampoco deja de interpretar a diario los tiempos inmediatamente cercanos en los que la autoorganización social hizo su apuesta más notable. La pequeña herida en la frente que el nuevo presidente lucía orgulloso -fruto de su incursión en el seno de la muchedumbre, el día que asumió- parecía simbolizar el tipo de costo que estaba dispuesto a asumir en su inesperada cruzada reformista de las instituciones, que el “que se vayan todos” había dejado inmunes en el plano material, aunque no simbólico. Al parecer, este presidente juzgaría que este nuevo momento permitiría tomar el lado material de aquello que era simbólico, pero para ponerlo en el ámbito terrenal de las posibilidades que a cada momento le ofrece a la imaginación política el modo incierto y dificultoso en que se presente la vida histórico-social.

No es difícil trazar la geografía mental en la que se mueve este gobierno: sabe que es el fruto desviado, pero fruto al fin, de las grandes movilizaciones pasadas. Lo sabe mucho más allá de las pequeñas y/o sigilosas operaciones de política tradicional que le dieron vida. Por eso, tampoco los inminentes tiempos futuros podrían ser iguales para los que asumieron fervorosamente la representación del “que se vayan todos”. El mismo modo en que estamos diciéndolo, introduce un hondo debate. Y este debate no puede esquivarse mucho más si gobernar es un hecho paralelo e incluso semejante a los procedimientos por los que una memoria social hace el balance de sus actuaciones. ¿Cuáles son los alcances, la extensión o el *imperium* de ese llamado general a la retirada de lo previamente existente? ¿Se trata de un principio de saneamiento que opera a la manera de un vendaval concluyente y definitivo? ¿Se trata de un corte súbito y perentorio que deja todo en situación de novedad, sin salpicaduras del pasado?

Si lo fuera, debería explicarse entonces quién, cuáles, cómo serían los modos y acciones de esa renovación repentina, lo que podría no ser tan difícil: ¿acaso no existieron y siguen existiendo revoluciones y trastocamientos sociales que cambiaron el rostro de las sociedades y el mismo carácter del mundo moderno? Lo difícil es explicar el “quién” de esa voz apremiante y total, el *quién* de ese *que se vayan todos*. Porque las clásicas revoluciones marchan con su *quién* en ristre. Se sabe la identidad, las huellas nítidas de su texto; todo ello se conoce pues vive a la luz pública, aunque sus maneras suelen no desdeñar el uso de lo clandestino. Las asambleas no pudieron ensamblar su *quién* precisamente por la exigencia de ese todos: que se vayan todos. Gran lección: el necesario *quién*, personalización señera del alma de las sociedades en cambio, podía quedar mejor preservado en revoluciones tradicionales que acaso daban lugar a poderes incordianates, que el democrático *quién* que urgentemente precisaban las asambleas populares argentinas, en cuyo seno latían esa personalidad de nombre colectivo, pero deshilvanada en el mismo acto de ser invocada. Se

la invocaba en el mismo gesto que se blandía el que se vayan todos, lo que representaba su fuerza y su autodebilidad.

La paradoja asamblearia. Quizás a su encarnadura social inmediata la obstaculiza el hecho de que en el *que se vayan todos* hay inscrita una demanda tan poderosa que todos pueden cantar pero que no puede, no *debe* beneficiar instantáneamente a quién la canta. ¿Sería ése el cómputo candoroso e inexperto que hicieron las izquierdas? Puede ser: no habían tenido en cuenta que si no se trataba una teoría revolucionaria explícita (equivalente a las que trataban el arduo tema de la “extinción del Estado” o de las partes del “ancien regime” que debía heredar la nueva situación), había que trabajar con toda clase de cuidados la definición y enunciación de ese *quién*. Por eso, en el que se vayan todos es preciso discernir si hablaba la *totalidad* del pueblo y si en ese caso el pueblo revivía recuperando toda la soberanía social y nadie en particular puede arrogarse ese grito refundativo.

Lo cierto es que el “que se vayan todos”, como hubiera dicho un olvidado Sartre pero a propósito de otra situación, era tan fundamental como abstracto. Sería errado que alguien lo atrajese hacia un sentido específico -cualquiera que sea- de los cambios que son necesarios hacer, más allá de su sentido general, alusivo hacia los trastocamientos esenciales y genéricos que se reclaman. Ni era necesario ni era posible particularlo, hacerlo cartilla o dogma. Solo era dado pensarlo en nombre de una voz colectiva cuyo *quién* no es avistable y nombrable en primera instancia, sino que debe respaldarse en la realidad genérica del pueblo argentino entendido como sujeto narrador esencial de justicia. Las legendarias asambleas fundadoras eran y son en verdad “ininterpretables”, condición estratégica de su oferta capital a la historia común: una nueva interpretación del vivir en justicia.

De este modo, salvo variaciones no desdeñables, el plano de la vida institucional, partidaria y parlamentaria prosigue con sus maneras habituales pero no es habitual lo que ahora ocurre -*ahora*, que hay nuevo gobierno, y sorprende en su primera semana con más realizaciones que las que se sospechaban o esperaban. Ya conjeturábamos que el *que se vayan todos* no triunfó literalmente pero su sutil mandato simbólico actúa como poderosa corriente moral e intelectual en la sociedad argentina, sin exigencias materiales ni urgencias de silabario. Actúa, no es difícil concebirlo, en un país quebrado, no solo económicamente, sino en su *ethos* nacional. Pero el nuevo gobierno tiene un campo posible de acción porque se le atribuye una posibilidad cierta de reanudar la vida social con sentido transformador.

Esa posibilidad lo obligará a producir una idea relevante y certera para reaglutinar aquellos fraccionamientos -tributarios de la extinción del mundo laboral colectivo- y esa idea no podrá alejarse de lo ocurrido en las movilizaciones que intentaron reapropiarse de las condiciones de producción y reproducción de la vida social. Solo que una porción importantísima de la vida social decidió que esto aún podía ocurrir “por otros medios”, por los

otros medios de un Estado reconstituido con consignas profundas de justicia y distribución de bienes colectivos. Otros medios que son medios clásicos, pero en la efusión asamblearia del 2002 parecían una hoja olvidable del espíritu de la política colectiva. Por eso estos medios son ahora los ya conocidos -los más tradicionales que imaginarse pueda- por la desgarrada saga política nacional. Su recurrente apuesta a la potencialidad transformadora de sus movimientos populares siempre latente y siempre frustrante hasta ahora, retorna como posibilidad quizás postrera.

El flamante gobierno sabe que no es el fruto que esperaban los asambleístas que se reunieron bajo las araucarias de casi todas las plazas de Buenos Aires y el resto de las ciudades argentinas. Pero aquellos asambleístas deben saber que esta nueva situación también los contiene como proyección simbólica de la memoria social reciente, y sin duda también como depositarios de un tesoro y una leyenda social muy preciosa, que sirve de advertencia, aleccionamiento y síntoma de lo que ha de volver a cada momento que una historia lo haga necesario. El volver y el que se vayan todos es el diálogo esencial de la política, y el saber clásico pudo haber llamado *Príncipe* precisamente a este juego entre lo que permanece (latiendo en él la fugacidad de las cosas) y lo que desea que todo se recambie (latiendo en él la secreta permanencia de la vida).

El tempe argentino. Hace más de un siglo y medio, una menuda figura de la literatura nacional -Marcos Sastre, quién había formado en las filas de la Generación de 1837, con modestia de medios y expresión apagada- había escrito bajo el título de *El tempe argentino*, una memoria de todos modos vivaz del Delta del Paraná, su fauna y su flora. Lo inspiraban propósitos educativos, quizás evangélicos si bien laicos. El *tempe* recordaba el valle de Grecia que así se llamaba, y denotaba la inclinación literaria -habitual en la Argentina- de buscar motivos helénicos para ilustrar la historia de un país reciente. Es dudoso que ese espíritu alegórico sirva más allá de los límites de su escaso donaire. Pero al titular así nuestro trabajo, con este ostensible recurso evocativo, queremos señalar el destino de todo escrito de esta índole.

Se escribe sobre lo que ya está transformado en el mismo momento en que apenas se sentiría -si tanto- rozado por nuestras oraciones. Pero queda lo escrito como testimonio de una rememoración, menos vinculado a lo que debe saberse sobre un momento histórico que a la persistente actividad de intentar describirlo y tal vez aprehenderlo. Lo "argentino" puede ser una señal adjetiva que agregamos a un molde histórico ya figurado. Quizás las asambleas del 2002 se establecen sobre el antiguo arquetipo del esfuerzo humano por reunirse y cambiar las cosas. Y el pasaje de un clima social a otro también puede ser el modo simbólico en que innumerables veces las esperanzas de un período se desvanecen y se convierten en su contrario. A no ser que un nuevo tejido de acontecimientos inesperados desvíen la

historia hacia otros confines, pero que la esperanza permanezca de otro modo en ellos. De un modo en que también alimente los hechos que no se parecían a lo que se preveía, pero en los que lo que se preveía también habite en ellos. Un valle antiguo podrá vivir en la habitación de los valles del presente.